

y Metafísica” de su obra *Conocimiento y Acción*, fechada en 1908.

4. Enjuiciamiento del positivismo por José Enrique Rodó (1910).

Si en aquellos años de reacción antipositivista, Vaz Ferreira no formuló una expresa valoración de conjunto sobre el positivismo, lo hizo, en cambio, Rodó. Figura dicha valoración en su ensayo de 1910 sobre el escritor colombiano contemporáneo suyo, Carlos Arturo Torres, incluido en *El Mirador de Próspero* con el título de “Rumbos Nuevos”. Al término del prolongado proceso uruguayo del positivismo que hemos seguido en estas páginas, ese penetrante y olvidado ensayo debe considerarse como el acto formal de su balance y liquidación en la historia de nuestras ideas.

Glosando el libro *Idola Fori* de Torres, destaca Rodó el idealismo característico del espíritu americano y universal de su tiempo: “Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen dentro de un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga.”

No se le oculta la relación de secuencia histórica que ese idealismo —refutándolo o ensanchándolo— guarda con el positivismo: “Si retrocedemos a señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso, en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas, desde que comenzaba hasta que se acercaba a su tér-

mino la segunda mitad del pasado siglo.” Imperio que —lo expresa comprensivamente— abarcó la universalidad de la cultura:

“Expone Taine que cuando, en determinado momento de la historia, surge una «forma de espíritu original», esta forma produce, encadenadamente y por su radical virtud, «una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia», y agreguemos nosotros, una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo a corroborar y extender el método experimental y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta a la realidad política y social, tendió a entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común.”

Antes de criticarlo siente, sin embargo, la necesidad de rendirle justicia como saludable y eficaz renovación que fue en su hora de la cultura occidental. Lo hace brevemente. Pero en términos tan precisos y ecuanímenes en su concisión, que bien merecen actualizarse en esta época en que estrechos sectarismos de escuela difunden cierta crítica gruesa y fácil del positivismo.

“La oportunidad histórica —reconoce— con que tal «forma original de espíritu» se manifestaba, es evidente: ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística, a la cual libertó, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad.” Y agrega aún, justo y leal con los grandes maestros de su juventud: “Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones.”

Concreta Rodó a América su enjuiciamiento del positivismo, denunciando que aquí, particularmente, resultaron ahogadas sus tendencias superiores: "Sin detenernos a considerar de qué manera y en qué grado pudo el positivismo degenerar o estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada a nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fue, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que comtianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que bien comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó a propagarse, y aun a divulgarse, en nuestra América."

Sus exageraciones y desvíos se ofrecieron en el pensamiento como en la acción: "Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, o la falsa comprensión, de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo *práctico* y lo *útil*."

Después de pormenorizar el análisis de la hegemonía positivista en América, anota la renovación espiritual de fines del siglo con las grandes influencias a que obedeció. El comentario se vuelve entonces autobiográfico: "Entre tanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban a avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve a cada generación humana a separar de lo anterior y aceptado, alguna parte de sus ideas. Ponían el oído a las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros, y releían aque-

llos que habían dado fundamento a su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance... La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable, de desinterés y simpatía de la palabra de Guyau; el sentimiento *heroico* de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoi y de Nietzsche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo."

Todo lo que a su generación separa del positivismo, lo resume en un párrafo, insistiendo en el deslinde entre lo teórico del conocimiento y lo práctico de la conducta: "El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las *ideas* como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad."

Pero, para terminar su examen del positivismo, vuelve a hacerle justicia, en un expreso reconocimiento de todo lo que a su vez le debe su promoción intelectual. El pasaje en que lo hace constituye una permanente lección de escrupulosidad y equilibrio, para oponer a los juicios radicales y negaciones absolutas con que las generaciones o las escuelas acostumbran a fulminar a sus antecesoras inmediatas, y de los que el positivismo, precisamente, ha sido víctima predilecta.

"Sólo que nuestro idealismo —dice allí— no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y ro-

mánticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquélla que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebató estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.”

¿Cuántos de los juicios emitidos en nuestro siglo sobre el positivismo, como forma general de la cultura en la segunda mitad del pasado, igualan a éste de Rodó en lucidez y equidad?